

Y segunda vez al puesto
Salimos, donde quedó
De mi valor satisfecho,
Pues segunda vez llevó
Agujereado el pellejo.
Fuime á Granada, por ver
Un hombre á quien fama dieron
Del Guapo de Santaella,
Y sin reparo busquélo.
Lo saqué desafiado,
Y á los primeros encuentros
Pidió confesion, y yo
Me ausenté al punto, sabiendo
Que me buscaba la Sala
Con recato y con anhelo.
Me fui por fin á la corte,
Donde en tres meses riñeron
Seis guapos en desafio
Conmigo, en sitios diversos.
D.le una vuelta á Lucena,
Y desde allí pasé al reino
De Jaen, donde casé
Por tener algun sosiego.
Mas en las carnicerías
Sucedió un donoso cuento,
Que un garduño de las bolsas
Iba la mano metiendo
Para agarrarme la mia;
Mas yo con mucho silencio,
Con el rejon, dije: —Amigo,
Remédiese con aquesto.—
Le eché las tripas afuera,
Y luego con paso lento
Me fui; y de allí las justicias
Sobre unas cargas quisieron
Descaminarme; mas yo
Hice que fuesen buyendo.
Con el tabaco y la sal
Tuve mi mantenimiento,
Y por ser Jaen gran charco
Otro busqué mas pequeño.
Entonces me mudé á Cabra,
En donde estuve viviendo,
Y con otros alentados,
Viajes hacia al Puerto,
Donde, sin sacar despacho,
Todos fueron tan atentos,
Que nunca tuve embarazo,
Ni los que conmigo fueron.
Me pasé á Cádiz un dia,
Dondé á cierto almacenero
Once cargas de tabaco
Compré, con mis compañeros.
Hubo soplo, y al salir,
Descuidados nos cogieron:
Vendieron los caballos
Y quedámos sin remedio.
Dejé pasar unos dias,
No muchos, y al cabo de ellos,
Con las armas, en la casa
Del Gobernador me entro.
Eché la llave y subí
Mi trabuco previniendo,
Y dije: —Señor hidalgo,
Yo vengo por el dinero
Que importaron los caballos
Y las cargas, porque es cierto
Que estoy tan pobre, que ya
Casi qué comer no tengo;
Y esto sin réplica sea,
Porque yo vengo por ello.—
El hombre, todo turbado,
Sacó al instante el dinero
En doblones, y pagó,
Y quedámos despues de esto
Amigos para otra vez.
En Puerto Real, me acuerdo
Que el arrendador de allí
Quiso embarazarme, y luego

Que hube sacado las cargas,
Fuime á su casa corriendo.
Pregunté si estaba en casa;
Las mujeres respondieron:
—Si, señor; mas vuelva usted,
Porque ahora está durmiendo.—
Entré en una sala baja,
Donde tenia su lecho,
Y con un tercerolazo
Allí me lo dejé muerto.
Sucedióme en el camino,
Que faltándome el dinero,
En la venta donde estaba
Me reventaba el ventero
Porque pagara la costa,
Y paguéla tan de presto,
Que á la otra vida volando
Se partió, dejando el cuerpo.
Supe que Diego Ruiz
Y todos mis compañeros
Pretendian el indulto;
Por aquietarme, intentélo;
Mas el señor Presidente
A todos negocia, ménos
A mi, pues dijo tenia
Embarazo para ello.
Fui á Granada, y en su casa
Con su persona me encierro.
Dijo —¿qué se me ofrecia?—
Respondí: —Señor, yo vengo
A saber por qué razon
Se me niega mi remedio;
Yo soy Estéban el Guapo,
Ese león que es tan fiero,
Y si no voy indultado,
Seré terror de este reino.—
Quiso enviar dos criados
A la calle, y estorbélo.
Dijome entonces: —¿En qué,
Estéban, servite puedo?—
Y yo respondí: —Señor,
A lo que arrestado vengo,
Es á pedir que se quemen
De mis causas los procesos.—
Y él replicó: —Pues, Francisco,
Si ese solo es vuestro empeño,
Vedlo, que aquí á vuestra vista
Los consume en llama el fuego;
Mas á Ceuta por dos años
Por mi y por vos iréis luego.—
Fuime á Ceuta por dos años,
Y en salidas que se hicieron,
Clavé las piezas al moro,
Y como me descubrieron,
Sobre mí todos se arrojan,
Y con el agua á los pechos
Me embarqué para volver
Al presidio; pero presto
Me enfadé de estar en Ceuta:
Quitéle el barco á un barquero,
Con que pasámos á España
Seis ó siete compañeros.
Volvíme á mi contrabando,
Y hallándonos en el Puerto,
Supe que algunos decian
Que sacaba yo sin riesgo
El tabaco, por llevar
Conmigo gente de aliento.
Tomé un saco, y por las calles
Iba como un costalero,
Diciendo: —¿Compran tabaco?
Y ningunos me tosieron.
Despues en Cabra vivia,
Públicamente vendiendo
Tabaco y sal por las calles,
Y tambien tenia un puesto,
En donde vino vendia
Sin pagar ningun derecho.
Los serranos de Lucena

A aquella villa vinieron,
Queriendo tambien vender,
Como yo lo estaba haciendo.
Entré y quebré las medidas
Derramando por el suelo
El licor de los pipotes,
Y ellos cuando lo supieron,
Al puesto que yo tenia
A hacer lo mismo se fueron.
Acudi con la noticia,
Cerrando con todos ellos,
Y valientes como Alcides,
Con tal fuerza me embistieron,
Que lastimado quedé,
Poniéndome en cura luego.
Supo el caso la justicia,
Y cogiéndome en el lecho,
Me llevaron á la cárcel,
Y diligencias hicieron
Por privarme de la vida;
Mas tuve buenos empeños,
Y á las galeras de España
Me echan á remar sin sueldo.
Y en otra segunda parte
Proseguiré mis arrestos.

(Francisco Estéban, etc. Pliego suelto.)

Este y los demas nombres que le siguen son de bandoleros y sugetos célebres por su arrojo y costumbres desforadas, los cuales fueron contados en otros romances, ó puestos en escena por poetas dramáticos. A tal punto de degradacion habia llegado aquel pueblo libre, fiero y caballeroso, que en tiempos anteriores solo oia y cantaba el heroismo del Cid y otros célebres capitanes que derramaban su sangre en defensa del patrio honor. ¿Qué diferencia de tiempos! En unos se entusiasmaba el pueblo con las historias de Fernan Gonzalez, con las fábulas de Amadis de Gaula; en otros con las leyendas de falsos milagros, y con los desafueros de Francisco Estéban.

1532.

FRANCISCO ESTÉBAN EL GUAPO. — II.

(Anónimo.)

Desde donde empieza Europa
Hasta su término y cabo,
No campe ningun valiente;
Escondan su espada y brazo,
Tiemblen al oír mi voz,
Y lo que mas les encargo,
Que con silencio me escuchen,
Y les diré en breve rato
Del guapo Francisco Estéban
Lo valeroso y bizarro.
Ya saben que su ejercicio
Era andar al contrabando,
Y que en toda Andalucía
Los ministros le temblaron,
Porque no jugaba burlas,
Ni hombre de malos tratos
Alcanzó á comunicarle,
Fuese bueno, ó fuese malo.
Dejo guardas de millones
Y ministros de tabaco,
Porque estos nunca tuvieron
Con Estéban buen despacho:
Los soplones, cuando andaba
Por el mundo, eran contados,
Porque se holgara encontrar
Un soplon bien mal tratado:
Jamás llegó á pedir cosa
Que no le fuera otorgado.
Andando de aquesta suerte
Con otros acompañado
Por Andalucía y otros
Reinos, vendiendo tabaco,
Llegaron un dia á Cádiz
En ocasion que diez barcos
Desembarcaban en tierra
Tabaco, donde ajustando

T. XVI.

Estéban cuarenta cargas
Para él y sus paisanos,
Salió por cabo de todos,
Y la España atravesaron
Hasta llegar á Valencia,
Donde no habiendo despacho,
Pasó á Aragon, y una noche,
Junto á la villa de Grados,
Yendo Estéban muy seguro,
Tropezó y cayó el caballo,
Y se lastimó una pierna:
Sus amigos lo llevaron
Al lugar, y en él quedó
Para ser allí curado.
Sus compañeros salieron
Para despues aguardarlo,
Llegaron á Zaragoza
Sin susto, no imaginando
De que fuesen detenidos;
Pero estando descuidados,
Llegaron mas de cien hombres
Y el Gobernador por cabo.
Les embargaron las cargas,
Diez de ellos aprisionaron,
Los demas, puestos en fuga,
Muy en breve se escaparon.
Llevan los diez á la carcel,
Y las cargas y caballos
Los llevaron á la plaza
Y al pregon se despacharon.
Repartió el Gobernador
Entre guardas y escribanos
La cantidad, y á su casa
La mayor parte ha llevado.
Vamos ahora á los presos,
Que al tiempo que les tomaron
Declaracion, fué forzoso
Que confesasen de llano,
Diciendo: —Francisco Estéban
Es de las cargas el amo,
Y si es que á saberlo llega,
Lo sentirá, que es un rayo.—
Replicó el Gobernador:
—¿Eso decis? Pues es claro
Que si llegara á cogerlo
Lo pusiera entre dos palos;
Y si no, si acaso hay
Quien me lo ponga en las manos,
Mil doblones le prometo,
Solo por ver ese rayo
En mi presencia, que tiene
El mundo atemorizado.
Oyen los presos el dicho,
Y al punto un propio enviaron,
Noticiándole á Francisco
Cuanto el juez habia hablado.
Tomó la carta y leyóla
Dentro la villa de Grados,
Y bueno de sus achaques
Tomó armas y caballo,
Y partiendo á Zaragoza,
Dispuso un hecho bizarro;
Y fué, que á las doce en punto
Del dia, sin mas reparo,
Se fué á la casa de un cura,
Y con política hablando,
Le dice que le acompañe
Sin dilacion, que le ha dado
Un accidente á un amigo
Y es preciso confesarlo;
Y sepa que tiene haberes;
Y es fuerza que haga inventario,
Porque de todos sus bienes
Haga finiquito y mando.
Siguíole el Cura de prisa,
Y buscando un escribano
Y un alcalde, se salieron
A la calle todos cuatro,
Cura, Escribano y Alcalde,

24

Y sin caer en el chasco,
Siguen á Estéban y llegan
Con el paso acelerado
A cas del Gobernador
Los tres, sin pensar el caso.
Llegó, y tocando á la puerta,
Un criado se ha asomado
A la ventana, y le dice:
—Avisa presto á tu amo;
Dile que quieren hablarle
Cuatro personas de garbo.—
Subió el paje y se lo dijo,
Y el Gobernador bajando
Los recibe en una sala,
Y con política hablando,
Les hizo los cumplimientos;
Mas Francisco con cuidado
Las puertas de dicha sala
Cerró, y las llaves tomando
Metiólas en su bolsillo,
Y su tabaco montando,
Ha dicho al Gobernador:
—Por saber que ha deseado
Ver Useñoría á Estéban,
Y que le tiene mandado
A aquel que se lo entregare,
Mil doblones, me ha obligado
A ponerme en su presencia
Y á obedecer su mandato.
Abi le traigo un confesor,
Un alcalde y escribano;
Uno para el testamento,
Otro para el inventario,
Y otro para que sus bienes
Disponga como cristiano,
Porque sé que á Useñoría
Mortal accidente ha dado,
Y porque salve su alma
Esta prevencion le traigo:
Esto será si me niega
El dinero que ha mandado,
Que juzgo son mil doblones;
Y tambien lo que montaron
Los caballos y las cargas,
Y por los aprisionados.
Espácheme cuanto ántes,
Porque yo no estoy despacio,
Y estos señores querrán
Ir á descansar un rato.
Yo no querré nada ménos,
Que he venido caminando
Toda esta noche pasada
Por darle este deseado
Gusto á Usía, y juntamente
A obedecer su mandato.
No haya excusa en lo que pido:
Si la hay, ¡por los sagrados
Cielos, que con mi rejón
Y este cometa, este rayo,
Volcan seré que os abrase
Dentro de este mismo cuarto! —
Aquí remató Francisco:
Y el Gobernador, temblando,
Le respondió que al instante
Sería todo pagado.
Y sin detenerse en nada
Fué á un escritorio, y sacando
En oro todo el dinero,
Metió Francisco la mano,
Diciendo: —Ajuste primero
El precio de los caballos,
Que el tabaco vendra luego,
Pues no lo traigo ajustado.—
Y dice el Alcalde: —Amigo,
¿Valdria cada caballo
Cincuenta reales de á ocho?—
Y Estéban le dijo: — ¡Paso!
Ménos de sesenta pesos
No tomaré ni un ochavo;

Y aquesto es unos con otros,
Y aun cortesía le hago
Al señor Gobernador,
O le meteré en cuidado.—
Y el Gobernador le dijo:
—Aquí está el monton, contado.—
Apartan la cantidad,
Y entran en la del tabaco.
Le dice el Alcalde: —Amigo,
¿Se ha de ajustar libreado?
—Sí, señor, responde Estéban.
—Pues bien, sea á real de á cuatro
Cada libra.—No, señor;
De doce reales abajo
No lo doy, que lo tenia
A ese precio despachado.—
Y cuando todo el dinero
Estéban vió numerado,
De los caballos y cargas,
Dijo: —Solo lo mandado,
Que juzgo son mil doblones,
Es ahora lo que aguardo,
Pues no es justo de que falto
Un hombre de tanto garbo
A su palabra; y por fin,
A mis amigos amados
Tres leguas de la ciudad
Espero sin intervalo,
Porque si no, les prometo
Al Cura y al Escribano,
Alcalde y Gobernador,
Que sus vidas serán pago,
Porque al rigor de mi furia
No habrá quien le ataje el paso.
Temblando el Cura y Alcalde,
Gobernador y Escribano,
Le dicen vaya con Dios,
Que van todo á ejecutarlo.
Estéban salió á la calle,
Quedándose todos cuatro
Pasmados de la osadía
Y hecho tan desaforado.
Alcalde, Escribano y Cura,
Al Gobernador dejando,
Se salieron á la calle
Y á la cárcel van de paso:
Echaron fuera los presos
Libres de todo despacho.
Hubo noticias muy ciertas,
Que al Gobernador curando
Estuvieron mas de un mes,
Del susto; y á Estéban paso,
Que así que sus compañeros
A su presencia llegaron,
Les contó lo sucedido,
Y quedaron admirados.
Todos á voces decian:
— ¡Viva el azote de guapos!
¡Viva quien tiene en el mundo
Sus hechos tan laureados,
Que no ha de haber quien iguale
A su rigor temerario! —
Entrególe á cada uno
Estéban, para un caballo,
Y el dinero de las cargas
Lo partieron como hermanos,
Y tambien los mil doblones
Que tomó por ser mirado.
Se pasó á la Andalucía,
Y este caso divulgado
Fué en la ciudad de Sevilla,
Dándole todos mil lauros,
Confesando de que Estéban
Fué solo del mundo el guapo.
Y en otra tercera parte
Referiré un caso extraño,
Que en las historias no se halla
Otro que iguale en lo raro;
Pues osadamente quiso

Exponerse á que, encerrado
En la ciudad de Granada,
Mano le hubieran echado;
Pues en casa el Presidente,
Con arrojo temerario,
Se metió; pero su brio
Le sacó bien de este caso.
(Francisco Estéban, etc. Pliego suelto.)

1333.

FRANCISCO ESTÉBAN EL GUAPO. — III.

(Anónimo.)

Santo Cristo de la Luz,
Señor de cielos y tierra,
Desatad mi torpe labio
Y dad vigor á mi lengua,
Mientras la tercera parte
Canto de Francisco Estéban.
Los que blasonan de guapos
Oigan, escuchen y atiendan
La hazaña mas prodigiosa
Que en las edades se cuenta.
Alcanzó á saber Francisco,
No sin alguna certeza,
Cómo Don Pablo Diamante,
Presidente de la excelsa
Sala del crimen, habia,
A quien le mate ó le prenda,
Ofrecido cien escudos;
Que informacion tiene hecha
De sus notables arrojados,
Valentías y proezas.
Con cuya noticia, al punto
Previno con gran presteza
Sus armas, y en un caballo
A Granada dió la vuelta.
Y entró por el Triunfo, á tiempo
Que están tocando á la queda.
Llegó á casa de Don Pablo,
Se desmontó, y de la rienda
Entró el caballo alli dentro,
Y con notable advertencia,
Por estar mas á su salvo,
Cerró la puerta primera.
Llegó al porton, y tocando
Cuatro ó seis golpes apriesa,
Ha salido un paje á abrir,
Que á diez y ocho años no llega,
Diciendo: — ¿Quién es quien llama? —
Respondió con diligencia:
—Dile, niño, á tu señor,
Que aqui está Francisco Estéban;
Y mira que vengas presto,
Porque aguardo la respuesta.—
Llevó á su amo el recado,
Y al oírlo se le hieló
La sangre, y el corazon
Palpita, y su pecho tiembla,
Que aunque no le ha visto nunca,
Sabe quién es, y recela.
Se quedó un rato suspenso,
Y ya recobrado, piensa
En lance tan apretado;
Pero duda que se atreva
Un hombre con tantas causas
A entrar en su casa mesma.
Le manda que suba arriba:
El paje baja y le lleva
Donde su señor le aguarda;
Mas aunque subió de priesa,
Dejó el postigo cerrado,
Sin que nadie lo advirtiera,
Dejando el caballo dentro
De la una y la otra puerta.
Así que entró por la sala
Donde Don Pablo le espera,
Diestro, liberal y pronto

Se le quitó la montera.
Don Pablo lo miró atento
De los piés á la cabeza,
Y con notable recato
Le dijo: —Siéntate, Estéban,
Que quiero que de tu vida
Me des relacion extensa,
Porque dudo que tus hechos
Sean como me los cuentan.—
Dijole Estéban: —Señor,
Si he de estar en su presencia,
Sentado no lo he de hacer,
En pié estaré, que es decencia.—
Replicó segunda vez:
—Buena política observas:
Siéntate; yo te lo mando,
Y es mi gusto que obedezcas.—
Sentóse, diciendo airoso:
—Perdone mi inadvertencia.
—¿Tienes padre?—dijo entónces
Don Pablo, y fué la respuesta:
—Sí, señor; vivo es mi padre,
Pobre, humilde, porque entienda
Que es la causa de que yo
Ande de aquesta manera.
—¿Tienes madre?—No, señor;
Dios la perdona, ya es muerta.
—¿Tienes hermanos?—Tres tengo,
Y á mi los tres se sujetan.
—¿Dónde casaste?—Y él dice
Con arte y no sin viveza:
—En la ciudad de Jaen,
Que es de su reino cabeza,
Cupido me hirió de amores,
Y lo logré de manera
Que recibí por esposa
A la mujer mas dispuesta
Que ha nacido en muchos siglos
En valor y gentileza:
Maria Josefa se llama,
Y muy servidora vuestra.
—¿Tienes hijos?—Sí, señor,
Una hija, y desempeña
A su padre y á su madre
En lo hermosa y lo discreta.
—¿Qué edad tienes?—Y responde:
—Con muy poca diferencia
Tengo yo treinta y dos años,
Como mi persona muestra.
Y por último, señor,
No porque el riesgo me estrecha,
Ni porque el temor me obliga
A venderos la fineza,
A tus piés estamos todos
Con muy rendida obediencia.
—Dios te guarde, que me obligas
Con atencion tan discreta;
Y cree que ya te he cobrado
Gran voluntad, y me pesa
Que un hombre de tu valor,
Como dice la experiencia,
Viva como fiera horrible,
Siendo estrago de esta tierra,
Sin temer á la justicia
Ni al cielo que te tolera.
Reforma tu vida, amigo,
Que recelo no la pierdas
O á manos de la justicia,
O al rigor de una escopeta.—
Estéban reconoció
Que le trata con cautela
En las razones que he dicho,
Por detenerle con ellas,
Por si vienen los ministros,
Que por instantes espera
Para rondar la ciudad,
Y lograr la diligencia
De prenderle; pero dió
Esta vez el golpe en piedra,

Porque Francisco tenía
Aseguradas las puertas,
Y con descuido, en la calle
Un amigo de Lucena,
Que conforme iban llegando
Los ministros á la puerta,
Le dicen cómo venían
A precisa diligencia,
Y ese hombre á su llamada
Respondía por una reja
Volviéndose por la mañana,
Que no se abrían las puertas,
Porque su señor tenía
Destemplada la cabeza,
Y con tan buen expediente
Todos se van y le dejan.
Estéban, muy animoso,
Dijo, faltar de paciencia:
—Señor Don Pablo, es preciso
El que Useñoría entienda
Que soy como el cirujano
Que ha sangrado alguna vena,
Y en no dando en la cisura,
La sangre un golpe le pega.
Yo solo vine, señor.
A que haga borrar las letras
Que contra mí tiene escritas;
Y también quiero que sepa
Que he venido á suplicar,
Y no á pedirlo por fuerza.—
Viéndose pues precisado,
Y que los suyos no llegan,
Hizo cuanto le pedía,
Allí mismo en su presencia,
Diciéndole: —Ya estás libre,
Si me prometes la enmienda:
Mira tus obligaciones,
Que sentiré que te pierdas.—
Esto dijo, y le pregunta,
Con mas miedo que vergüenza,
Si traía muchas armas.
A lo cual respondió Estéban
Con grandísima frescura:
—Cuatro pistolas pequeñas
Aquí traigo, si le gustan
A Usia, sírvase de ellas,
Para que de mí se acuerde
Cuando á su vista las tenga.—
Don Pablo le presentó
De á vara dos escopetas
Con las llaves granadinas,
Los cañones de Valencia,
De fino marfil las cajas
Y de bronce las haquetas,
De plata tersa y bruñida
Los puntos y abrazaderas.
Mandó Don Pablo que al punto
Aderezasen la cena:
Cenaron, y luego manda
Que en una alcoba pequeña,
Como á su misma persona,
Le pongan la cama á Estéban.
Mas él, que tiene enemigos,
Como es justo que no duerma,
Metió la mano en su pecho,
Y en su interior dijo: —Veuza
Primero la obligación
Antes que la conveniencia.—
Y así, seco y desabrido,
Luego al instante comienza
A despedirse Francisco
De Don Pablo y Doña Elena,
De criados y criadas,
Cuanto en casa se albergan,
Que quiere que participen
Todos de su gentileza.
Acompañóle Don Pablo
Hasta que llegó á la puerta,
Adonde vido el caballo

Con otras cuatro escopetas.
Dijo Francisco, suspenso:
—¡Bien he salido de aquesta!—
Y el amigo de la calle,
Porque no lo conocieran,
Se retiró cuando oía
Que iban abriendo las puertas;
Con que á la villa de Cabra
Partieron con gran presteza.
Don Pablo no se acostó,
Porque pensando en la fiesta
Estuvo toda la noche
Con su esposa Doña Elena.
Los criados asustados
Del mismo modo se quedan,
Y habiendo ya amanecido,
Los ministros se presentan
A Don Pablo, y le preguntan
Si está bueno, y por respuesta
Les dijo había pasado
Una noche no muy buena,
Porque ha tenido en su casa
Al guapo Francisco Estéban,
Quien le pidió que borrara
Sus causas, y que licencia
Llevaba para indultarse,
Y también dos escopetas
Que el capitán del alcázar
Le presentó con largueza.
¿Qué señas tiene? preguntan;
Y les responde: —Son estas:
El es hombre de dos varas,
Rojo, y la barba algo negra,
El rostro muy apacible,
Y la vista placentera;
Político, cortesano,
Y con muchas agudezas,
Que para informarme de él
Hice muy bastantes pruebas.
Es un segundo Pulgar,
Que en Granada nombre deja
Por la acción tan atrevida
Que en mi casa tiene hecha.
El es hombre sin segundo
En valor y fortaleza,
Cortés, como temerario,
Y agudo sin competencia.
No me pesa haberlo visto,
Aunque asustado me deja,
Porque tal brio y despejo
No es posible que otro tenga.
Y á fe que siento en el alma
Que un hombre de tales prendas,
Entre riesgos y peligros,
Ande de aquesta manera.—
Todos quedaron absortos
De acción tan rara y tan nueva;
Y seguiré en otra parte
Refiriendo sus proezas,
Si generosos perdonan
Las faltas que aquestas llevan.
(Francisco Estéban, etc. Pliego suelto.)

1534.

FRANCISCO ESTÉBAN EL GUAPO. — IV.

(Anónimo.)

¡Oh soberano Señor,
Que sustentais tierra y cielo!
Gobernad mi rudo estilo,
Dad luz á mi entendimiento
Para que referir pueda
A mi auditorio discreto
Del guapo Francisco Estéban
El mas valeroso arresto.
En la ciudad de Antequera,
El Corregidor sabiendo
Lo que sucedió en Granada,

Al punto despachó un pliego,
Que al que Estéban le entregara
Le daría dos mil pesos.
Y Estéban, luego al instante
Que este caso le dijeron,
Atribuyéndolo á chanza,
No hizo caso, suponiendo
Todas sus causas horradas:
Dióle el corazón un vuelco,
Qué diría de él la fama
Si esta noticia teniendo,
No se arrojaba animoso;
Y dentro de sí diciendo:
—¿Dónde está el valor, Estéban?—
Sus armas previno, y luego
En un ligero caballo
Tomó el camino, y resuelto
A la ciudad de Antequera,
Disfrazado y encubierto
A eso de las oraciones
Llegó sin temer al riesgo.
Fue á ver al Corregidor,
Llamó á la puerta, y saliendo
Una criada, le ha dicho:
—Dile á tu señor, que un pliego
Le traigo de cómo tiene
A Francisco Estéban preso,
Y que si me hace el gusto,
Entraré, porque no tengo
Posada para esta noche.—
El Corregidor, que oyendo
Le estaba por una reja,
Bajó á la puerta al momento,
Diciéndole á la criada:
—Abre aquesta puerta presto.—
Entró Estéban, y el caballo
Dió de las riendas á un negro;
Lo entró en la caballeriza;
Y á Estéban recibimiento
Le hizo muy cortés y alegre.
Preguntó: —¿Cómo prendieron
A aqueste Francisco Estéban?
¿No dicen que es leon fiero?
Pues, por lo que rijo y mando,
Ya que he llegado á cogerlo,
Ha de pagar las infamias
Que en todo este reino ha hecho!—
Dijole Estéban: —Señor,
En razón está bien puesto,
Que quien es desahogado
Lo pague; mas lo que quiero
Es quitarme aquestas armas;
Que algo fatigado vengo.—
Dijole el Corregidor:
—Pues este cuarto reservo
Para que vuestra persona
Lo ocupe, como hombre bueno.—
Despojóse de sus armas
Francisco junto á su asiento,
Y el Corregidor miraba
Coletos y armas atento.
Y él le dijo: —Señor mío,
Estas armas y coletos
Son las de Francisco Estéban,
Que el que hábito trae puesto
Parece ser religioso,
Aunque sea bandolero;
Y yo, trayéndolas puestas,
Pienso que á Estéban excedo.—
Entre unas y otras razones,
Las criadas previnieron
Las mesas, y se sentaron
A cenar; y en este medio
Dieron un golpe á la puerta.
Francisco, aunque se hace lerdo,
Sus armas no desampara,
Pues á su lado derecho
Las dejó, y su gran capote
Tiene sobre el hombro puesto.

Estando en esto, repara,
Y vió que la puerta abrieron,
Y seguidamente entraron
Diez y seis hombres; entre ellos
Iba el Alcalde mayor
Por cabo de ronda, y luego
El Gobernador le dijo:
—Mira el aperebimiento
Que á mi persona acompaña,
¿Qué hombre de mucho aliento
No rendirán tantos guardas
Y ministros?— ¡Yo lo creo!—
Replicó entonces Estéban.
Tomaron todos asiento,
Y Francisco, como huésped,
Brindó con silla y cubierto,
Y ellos con gran cortesía
Correspondieron atentos.
Después que hubieron cenado,
Estéban dijo: —Yo creo
Que toda esta gente armada
No pudiera causar miedo
Ni espantó á Francisco Estéban,
Porque es sobrado el aliento
Que le acompaña, y sin duda
Los pusiera en grande empeño.
—¿Qué es eso? dijo el Alcalde,
¿Qué ha habido ahora de nuevo?—
Dijole el Corregidor:
—Señor Alcalde, tenemos
Unas noticias felices:
Francisco Estéban es preso.—
Replicó el Alcalde, y dijo:
—¡Por Cristo, que no lo creo!—
Y dijo el Corregidor:
—¿No? Pues este caballero
Ha traído la noticia,
Proponiendo como es cierto.—
A lo cual dijo el Alcalde:
—Lo cogieron durmiendo,
Que de otra manera dudo
Que pudieran á él prenderlo.—
Replicó Estéban entonces:
—Sea despierto ó durmiendo,
Lo que sé es, que está encerrado,
Y diez y siete hombres buenos
A su lado, y aun también
Un corregidor entre ellos
Y un alcalde, que no fian
De otro valor el empeño.
—Vos lo veriais despacio.—
Dijo Estéban: —¿Cómo verlo?
Tan visto lo vi, que juzgo
Que aun ahora lo estoy viendo.
—¿Qué género de hombre es ese?
¿No ha podido conocerlo?—
Dijole entonces Estéban:
—Pues antes de mucho tiempo,
Si os hago aquí la pintura,
Habeis de tenerle miedo;
Y si no, darme licencia
Vuestas mercedes, que quiero,
Ya que me traje sus armas,
Ponermelas, que respeto
Causaré al que las mirare.—
Dijo el Corregidor: —Luego,
Al instante os las pondé.
—Pues si la licencia tengo,
Tomo primero la charpa,
Pues tengo puesto el coletos;
Póngome cuatro pistolas,
Ya os he dicho son del mismo;
Pongo el rejon en el cinto,
Este trabuco prevengo
Para tenerlo en la mano
Montado, pues es el mismo
Que traigo siempre conmigo.
¿Traigo he dicho? No es de miedo;
Que con este desahogo

De catar el papel haciendo,
Me pareció ser el mismo,
Y así no tengais recelo.
Tenia Francisco Estéban
Cuando dicen lo prendieron...
¿Dicen, he dicho? Voy mal;
Porque he dicho soy el mismo,
Teniendo puestas sus armas.—
Y el Gobernador, que atento
Estaba, al punto responde:
—Si habeis dicho sois el mismo,
Que habeis de cualquiera suerte,
Os hemos de estar oyendo.
—Pues haced cuenta, señores,
De que en lo que toca al cuerpo,
En el suyo y en el mio
No hay de diferencia un pelo.
La vista suya es alegre,
Aunque su rostro es severo;
Cortesano, lo que cabe;
Discreto, sin par ni cuento;
Tiene agudezas muy muchas
Y habilidad en extremo;
Amigo es de sus amigos,
Y en sus acciones atento.
Es galán por su persona,
Su hablar en todo halagüeño,
Sus armas, ya las miráis;
Su ropa, ya la estáis viendo;
Porque su capa y montera,
Su capote y el colete,
Calzones, mangas, botines
Y zapatos tengo puestos;
Mas lo que hay de diferencia
De mí á él es, proponeros
Hasta aquí, que estaba ausente,
Y ya encubrirlo no puedo.
Yo soy el mismo que he dicho:
Yo soy Estéban, que vengo
Arrestado á que me dé
El Corregidor, en premio
De mi mucha libertad,
Al punto aquí, dos mil pesos
Que ofreció por mi persona;
Y entienda que si el arresto
Muy desahogado ha sido,
Es porque sepa mi aliento,
Que solo y acompañado
Sabré salir del empeño.
Ea pues, señores míos,
Manos á la obra; contemos
Al momento esos doblones;
Sin réplica sea esto.—
Los sacó el Corregidor,
Y Estéban metiólos dentro
De su bolsillo, y ha dicho:
—¿Sabe Usía lo que quiero?
Que por todos los lugares
Mande recoger el pliego
Que ha despachado, y advierta
Que soy león en lo fiero.
Tráiganme el caballo al punto;
Desocupen al momento
El cuarto, y déjenme solo,
Y si no, viven los cielos,
Que á incendios de aqueste rayo
Quedarán cenizas hechos:
Quitense de mi presencia.—
Y huyendo todos salieron
A las razones que dijo,
Porque tenia recelo.
Cada cual, que le tocase
Una centella de fuego.
Le trajeron el caballo,
Montó en él, y en un momento
Salió al medio de la calle,
Diciendo: —Mañana espero
En la ciudad de Lucena,
Que envíen por el dinero.—

Volando se fué á su patria,
Y al cabo de mes y medio
Viendo que el Corregidor
No envió por el dinero,
Pensando entre sí, decia:
—¿Qué se dirá de mi aliento,
De mi fama y buen vivir
Si los doblones no vuelvo?
Dirán que por la codicia
Me atreví á hacer el arresto.—
Volvióse un día á Antequera
Sin temor y sin recelo,
Y como de las entradas
Estaba ya satisfecho,
Fué y le habló al Corregidor,
Y le dió los dos mil pesos,
Diciéndole: —Useñoria
Perdone el atrevimiento,
Porque un hombre apasionado
Determina cualquier yerro.—
Dijole el Corregidor:
—Francisco, de tus arrestos
Estoy muy bien informado,
Y en lo que toca al dinero
Que ha salido de mi casa,
Llévalo, que no lo quiero.
Dineros y mi persona
A tu mandato lo ofrezco;
Tendrás en mí un fiel amigo.
—De Useñoria lo espero;
Y en fe de eso, la licencia
Pido.— Despidióse luego,
Y partió alegre á su patria,
Donde con gusto lo dejó.
Y en la otra postrera parte
Daré fin á sus arrestos,
Diciendo cómo la parca
Lo tuvo bajo su imperio,
Y de él cobró el tributo
Que todos pagar debemos,
Pues su rigor no perdona
A cobardes ni á resueltos.

(Francisco Estéban, etc. Pliego suelto.)

1355.

FRANCISCO ESTÉBAN EL GUAPO. — V.

(Anónimo.)

Explique mi lengua torpe
En acentos mal formados
El trágico fin y muerte
De este león africano,
De este pasmo del valor,
De este relámpago y rayo,
Mientras templados buriles
Esculpen en bronce y mármol,
Para memoria en los siglos,
Hechos tan adelantados.
Ya dije en la tercer parte,
Cómo Estéban precisado
Se vió á arrojar á Granada,
Con ánimo tan bizarro,
Que igual no se ha conocido
En la rueda de los años,
Y que el señor Presidente
Quedó tan maravillado
De su político estilo,
Que se convino en librarlo.
La cuarta, que en Antequera
Se arrojó muy temerario,
Habiendo el Gobernador
En su distrito mandado
Lo prendieran, y daría
Dos mil pesos de contado;
Pues se le puso delante,
Dejando atemorizados
A todos los de la casa,
Y sabidos estos casos,

Déjolos, y voy á dar
Remate á lo comenzado.
Se hizo público en España
Cómo fué por sus desgarros
El guapo Francisco Estéban
A galeras sentenciado;
Pero le duró muy poco,
Que, mañoso y arriesgado,
Para sacar el grillete,
Un carcañal se ha cortado,
Y con una lancha á tierra
El y otros se pasaron.
Sabido en Andalucía
Cómo había quebrantado
Las galeras, al instante
Las justicias le temblaron.
Por vivir mas á sus anchas,
A Lucena se ha pasado,
Donde causas no tenia;
Y echándose al contrabando,
Vivió dos años gustoso,
Como dicen, con descanso.
Mas ¡oh justa Providencia,
Que cuando mas olvidados,
Después de muchos auxilios,
Nos castiga el justo brazo!
Mas esta débil materia,
Como formada de barro,
Al hombre olvidar le hace
El fin para que es criado,
Que es para servir á Dios
Y después sin fin gozarlo;
Y en los deleites del mundo
Aquel que se ha encenagado,
Sin mirar el precipicio,
Sigue su locura ufano.
Así Francisco vivia
De la muerte descuidado,
Como si inmortal viviera,
Siendo así que muere el santo,
El rey, el sabio, el mendigo,
El valiente y desalmado.
Lunes nueve de noviembre
Del año finalizado
De mil seiscientos y cinco,
Sin recelo y sin cuidado,
Entró en la dicha ciudad,
De la parca fulminado,
A cumplir en un minuto
Su destino, deuda y astro,
De la villa del Campillo
Un tal Benito Velasco,
En ocasión que Francisco
De su soberbia llevado,
Tuvo un mediano disgusto
Con un mancebo alentado,
A quien Carlos de los Reyes
Por nombre y señas le han dado.
Hallóse en esta ocasión
De Lucena un mozo honrado
Que llamaban Juan Romero;
Y como mozo de garbo,
En el duelo y la quimera
Entre los dos ha mediado.
Pasó Francisco á su casa,
Del suceso descuidado;
Mas en la calle encontró
A Benito y otros cuatro,
Y dióles la bienvenida
Con valor y con agrado.
Dijo Francisco á Benito,
Como amigo preguntando:
—¿Qué aire os trae á esta tierra?—
Y él le respondió algo bajo:
—Unos negocios del Rey,
Amigo, son los que traigo.—
Tuvo ya algunas sospechas
Por hallarse pregonado,
Y hacia una casa de vino

Se lo llevó á convidarlo.
A tiempo de ir á beber,
Benito le dijo: —Hermano,
De ese colete que tienes
Estoy muy aficionado,
Y me lo tienes de dar,
Daréte este mio en cambio.—
Bebió Francisco, y le dijo:
—Bebe, que en aqueste caso
El colete y la persona
Lo tienes á tu mandado,
Y las armas, porque á mí
Ya me sirven de embarazo.—
Bebió Benito, y Francisco,
Entre sí considerando
Si lo vendría á matar,
Segun las muestras ha dado,
A la calle se salieron,
Y los cuatro se apartaron.
Y entre Francisco y Benito
Anda el demonio enredado.
Dijole Benito á Estéban:
—Si se ha de hacer ese cambio,
En este zagnan entremos,
Y quedara negociado.—
Mas Francisco con cautela,
Entre sí considerando
Que siempre el que da primero
Suele ser mas bien librado,
Hizo que se rebozaba,
Y una pistola montando,
Al revolverse á escupir,
Tiró con presteza el galo,
Y por las mismas quijadas
Le dió tan fuerte balazo,
Que mas menester no hubo
Para quitarlo de gastos.
Y viendo que en pié quedaba,
Le ha dicho disimulado:
—¿Qué, de esa suerte quedais?—
Y entónces se ha trastornado.
Como en el suelo cayó,
Dijo desembarazado:
—Afuera, perros, que ya
Todo mi intento he logrado.—
Hacia su casa se fué,
Donde sus armas tomando,
Sacó el caballo, y echó
Su pipada de tabaco.
De su mujer se despide,
Y á pocos pasos andados,
Se acordó se le quedaban
La munición y los frascos.
Volvió á su casa por ellos,
Y á su mujer así ha hablado:
—Quita esos trastos de en medio
Porque á un picaro he matado,
Y si viene la justicia,
He de matar tres ó cuatro.—
Se fué á una taberna, donde
Me lo dejaré brindando,
Mientras que de Juan Romero
Digo sus hechos y pasos;
Pues como quedo en su casa,
Se ha despedido de Carlos,
El cual se fué á su posada,
Y él se quedó acomodando,
Sin prevenir para qué,
Sus armas y su caballo.
Y pasado un rato breve,
Le dió el caballo á un muchacho,
Que se lo saque á la huerta,
Porque quiere pasearlo;
Mas en la calle le han dicho:
—Oiga usted lo que ha pasado:
Francisco Estéban mató
En este instante ahí abajo
A un hombre que me parece
Que usted mucho lo ha estimado.—

Dijo Romero : — ¡Jesus!
 Que lo quiero como hermano;
 Ese es mi compadre Reyes,
 Porque han tenido un enfado,
 Y yo los apacigué;
 Y pues que me ha quebrantado
 El pacto de la amistad,
 ¡Vive Dios, he de matarlo!
 Hacia casa de Francisco
 Se encamina, fulminando
 Rayos; fuegos y centellas
 Por los ojos va brotando;
 Quisieronle detener,
 Pero á todos salió en vano.
 Llegó Romero á la puerta
 Del que estaba descuidado,
 Como he dicho, en la taberna,
 Muchos saludes echando;
 Dió en la puerta dos patadas,
 Y al ruido se ha asomado
 La mujer á la ventana.
 — ¿Dónde está Francisco el Guapo?
 La preguntaba Romero:
 Sepa que vengo á matarlo.
 — No está en casa, respondió,
 Que salió con su caballo;
 Pero no lo matará,
 Que Estéban aun tiene manos.—
 Quiso Romero volverse,
 Y en este tiempo ha escuchado
 En el cabo de la calle
 Herraduras de caballo.
 Dijo la mujer : — Ya viene;
 Velo allí, si ha de matarlo.—
 Se puso en planta al instante;
 Y lió la capa al brazo,
 Diciendo : — ¡Traidor, alevé!
 ¿Cómo vilmente has quitado
 La vida al mejor amigo,
 Y un hombre de tanto garbo?—
 Dijo Francisco : — Y á ti.—
 Y Romero ha replicado:
 — Sea la tuya ó la mía;
 Ponte bien, que te disparo.—
 Tiró del gato Romero
 Habiendo bien apuntado,
 Y por el medio del pecho
 Le dió tan fuerte balazo,
 Que del estribo quedó
 Francisco Estéban colgado;
 Disparóle luego otro,
 Para mas asegurarlo.
 Luego que lo vido muerto,
 El trabuco le ha quitado,
 Diciendo : — Ahí te queda el mio,
 Con este tuyo me pago;
 Si hay quien tome la demanda,
 Que salga; que yo le aguardo.—
 Pero un religioso y otros
 Le llevaron, de él tirando,
 De Guzman hácia la casa,
 Por ver si pueden quietarlo;
 Mas sucedió que en la calle
 Le embistió con sobresalto
 El padre del ya difunto,
 Y de suerte lo ha agarrado,
 Que fué preciso apelar
 A su rejon con cuidado.
 Y viendo que le iba á dar,
 Y que quiere acogotarlo,
 Dicele : — A un viejo y caído
 No dan los hombres de garbo.—
 Dijo : — Por viejo te dejo.—
 Y se refugió al sagrado.
 Vamos ahora á Francisco,
 Que en el suelo revolcado
 Está, el asombro de Europa,
 El que fué del mundo espanto;
 Que todo el que á hierro mata

En el hierro hallará el pago.
 Por ser muchos sus insultos,
 La justicia echó de él mano,
 Para ejemplo de los niños
 Y escarmiento á desalmados,
 Y con grillos y cadenas
 En la cárcel lo afrentaron,
 Adonde todos lo vieron;
 Y los términos pasando,
 Lo ahorcaron de la reja
 De la cárcel, y temblaron
 Los corazones mas fuertes,
 Al mirar tan duro caso,
 Contemplando allí cadáver
 Al que había sido pasmo
 Y susto de los valientes,
 Teniendo el mundo asombrado.
 Escarmienten los que viven
 Sin freno, que el fin llegado,
 El buen vivir tendrá cielo,
 Y al infierno irán los malos.

(Francisco Estéban, etc. Pliego suelto.)

1536.

FRANCISCO CORREA.

(Anónimo.)

Oíd, mancebos valientes,
 Los que blasonáis de guapos,
 Los que andáis con bizarrías
 Ocupados todo el año
 Con la espada y la rodela
 Armados de punta en blanco.
 Calle aquí Francisco Estéban,
 Aunque fué tan alentado,
 Y Don Agustín Florencio
 No blasona de bizarro;
 Cuelgue Romero la charpa,
 Las escopetas y frascos,
 Mientras paso á referir
 Los hechos y los estragos
 Del mas valiente andaluz,
 Y del tigre mas bizarro.
 En la ciudad de Sevilla,
 La mejor de los estados
 Que nuestro monarca tiene
 Debajo de su mandato,
 Nació Francisco Correa
 Para el azote de bravos,
 De todos los jaquetones,
 De valientes y de guapos.
 Apenas ocho años tuvo,
 A la escuela lo enviaron,
 Y un día por la lección
 Quiso ponerle las manos
 El maestro; pero él
 De la palmeta agarrando,
 Se hizo afuera, y le tiró
 En las narices un tanto,
 Que se las deshizo, y luego
 Voló á la calle de un salto.
 Principio quieren las cosas,
 Que así lo dice el adagio.
 Creció en el tiempo y valor
 Hasta los diez y seis años,
 Siendo el respeto de todos
 Y de los guapos espanto.
 Viendo sus padres aquesto,
 A Cádiz lo han despachado,
 Y un día estando en el muelle
 Con su capa rebocado,
 Se llegó un señor sargento
 De España con otro gancho,
 Diciéndole, si quería
 Sentar plaza de soldado;
 Y arrancando de un rejon
 Repartió seis rejonazos,
 Y con esto los dejó

A los dos agonizando.
 Echó por una calleja
 Poco á poco paseando,
 Sin que ninguno supiese
 Quién fué el autor de aquel daño.
 Se mantuvo algunos días,
 Viviendo ya con cuidado:
 Despues tuvo un desafío
 Con Don Iñigo Avendaño.
 Por una discreta dama
 Salieron los dos al campo,
 Y arrancando las espadas,
 Cada uno va procurando
 Dar la muerte á su enemigo,
 Astutos lanceos buscando,
 Y aunque el otro era valiente,
 Correa con mucho garbo
 Dos estocadas le dió
 En el sitio de un ochavo,
 Bastantes para morir,
 Y así lo dejó en el campo.
 Por estos y otros motivos
 Le fué preciso el amparo
 De un convento que había cerca,
 De aquel Serafín llagado,
 Donde encontró por amigo
 A un valiente toledano,
 Que por sus muchos delitos
 Estaba ya pregonado.
 Mártes de carnestolendas
 Fuéron á correr un gallo;
 Riñeron cuatro pendencias,
 Mataron un escribano,
 Y en punto de la oracion
 Se venian retirando
 Por la calle de la Torre,
 Y en la puerta del estanco
 Encontraron la Justicia
 Con mas de veinte soldados.
 Así que los conocieron
 Seis tiros les han tirado;
 Mas ellos les embistieron
 Mas valientes que un Bernardo:
 Peleaban como fieras
 A estocadas y balazos.
 Empezaron á dar voces,
 ¡Ah de la guardia! clamaron;
 Fue excusado que viniese,
 Que también la atropellaron,
 Y el señor Gobernador
 Estaba brotando tascos.
 Con grandísima impaciencia
 Mandó luego de contado,
 A cualquiera que prendiese
 A Correa, de premiarlo.
 Un ministro que tenía
 En Cádiz fama de guapo,
 Lo puso en ejecución;
 Pero le salió al contrario,
 Porque Francisco tenía
 Algunos pelos de diablo.
 Una noche le cogió
 En un sitio solitario,
 Y el corazon le sacó
 En el puñal enredado.
 Se metió en Santo Domingo,
 En ocasion que llegaron
 Muchos guardas de millones,
 De rentas y de tabaco
 A registrar el convento;
 Mas como estaba enfadado,
 Les dijo : — El que no quisiera
 Quedarse aquí sepultado,
 No tiene sino salir
 Presto, de aqueste sagrado.—
 Y viendo que se tardaban,
 Les disparó un trabucazo,
 Y en breve tiempo quedó
 El sitio desocupado.

Se pasó luego á Sevilla
 Con intento depravado;
 Que á Don José Escandalosa
 Lo quiere ver enterrado.
 No faltó quien le avisó
 Que viviese con cuidado:
 Presentó una petición
 A la Sala, y han mandado
 Que vayan para prenderle
 Cincuenta y cinco soldados,
 Y que Escandalosa sea
 De todos estos el cabo:
 Llegaron á San Julian,
 Que allí se había refugiado.
 Cuando vió tanto bullicio
 Correa se ha levantado,
 Metiendo mano á un trabuco
 De bronce, bien pertrechado,
 Diciéndoles : — Caballeros,
 El entierro está pagado;
 Pero quiero ver primero
 Quién tiene el hígado sano.—
 El cura, viendo el peligro,
 A sus piés se ha arrodillado,
 Diciéndole : — ¡Mira, hombre,
 Por Cristo crucificado,
 Que no se pierda esta iglesia!—
 A cuyo tiempo ha llegado
 Un ministro por detras,
 Y un cañonazo le ha dado
 En la cabeza, y cayó
 Aturdido, y lo agarraron.
 Lo llevaron con gran guardia,
 Y en la cárcel lo dejaron,
 Donde cobraba patente
 De aquellos mas temerarios;
 Y enfadado de estar preso,
 Al cabo ya de dos años,
 A un amigo que tenía
 Muy bien experimentado,
 Le encargó que le trajese
 Una pistola de encaro,
 Y un cuchillo, porque ya
 Tenia determinado
 El salirse de la cárcel;
 Con que el amigo arrestado
 Le trajo lo referido,
 Sin un punto dilatarlo.
 Domingo por la mañana,
 A hora que están celebrando
 La misa para los presos,
 Correa disimulado,
 Paso entre paso se fué,
 Y al alcaide ha asegurado.
 Así que lo alianzó,
 Le dice : — Suelta, tirano,
 Las llaves, antes que veas
 Tu corazon abrasado—
 Y viendo que se resiste
 Le tiró un pistoletazo
 Que le dejó casi muerto.
 Tomó las llaves, y entrado
 Donde estaban siete hombres
 A la horca sentenciados,
 Con los demas que allí había
 A la calle los ha echado,
 Dejando la puerta abierta,
 Y él se retiró á San Pablo.
 Cuando supo el Asistente
 Lo que aquí se ha relatado,
 Mandó que se previniesen
 Los soldados de á caballo,
 La infantería, y tambien
 Los ministros y escribanos.
 Así que los tuvo juntos,
 Partió mas recio que un rayo
 Con este acompañamiento
 Al convento de San Pablo:
 Entran, y así que lo ven